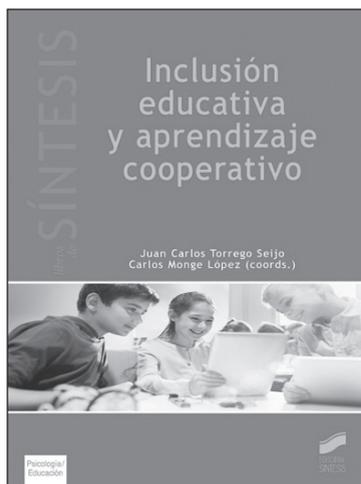


Inclusión educativa y aprendizaje cooperativo.

Torrego, J.C. y Monge, C. (coords.) (2019).
ISBN: 978-84-9171-250-3.299 páginas.

Isabel Silva Lorente
Centro Universitario Cardenal Cisneros



Hay muchas razones que invitan a iniciar la lectura de este libro. Quizá cabría destacar que uno de los temas fundamentales y en auge en el actual sistema educativo: el permanente reto de la inclusión educativa de todos los alumnos y alumnas; y el aprendizaje cooperativo como herramienta para lograrlo. Así, este texto recoge aportaciones de distintos autores de gran trayectoria en la materia, y que fueron presentadas en el contexto del I Congreso Internacional de Inclusión y Mejora Educativa organizado por el grupo de investigación Inclusión y Mejora Educativa: Convivencia y Aprendizaje Cooperativo (IMECA-UAH) de la Universidad de Alcalá. Muy posiblemente son temas sobre los que ya se pueden encontrar nu-

merosas publicaciones e investigaciones, pero este libro ayuda a recoger los principales avances realizados hasta el momento en ambos campos y, además, profundiza y coloca el aprendizaje cooperativo en un papel central en los procesos de innovación y mejora en la escuela. En definitiva, nos propone como señala Juan Manuel Escudero en el primer capítulo, una conceptualización del aprendizaje cooperativo que va más allá de una metodología: el aprendizaje cooperativo como eje natural desde el que trabajar en la escuela. Los tres primeros capítulos ayudan a crear el marco general: los dos primeros planteando la necesidad de un sistema basado en la justicia y equidad y el tercero, haciendo una reflexión sobre el tipo de liderazgo que permitirá construir escuelas inclusivas. El cuarto capítulo pone el foco en la formación del profesorado, y los siguientes capítulos nos aportan, desde distintas perspectivas, y con una amplia fundamentación, distintos análisis y experiencias de aprendizaje cooperativo.

Sin duda, se hace necesaria en estos años una reflexión sobre las implicaciones de la escuela inclusiva en nuestro contexto actual. El primer capítulo, de la mano de Juan Manuel Escudero es lectura obligada para situarnos, y hace de termómetro sobre cómo se está trabajando la inclusión en nuestro sistema educativo. El autor propone algunas decisio-

nes y actuaciones que debe tomar un centro educativo para ser inclusivo y nos recuerda que los esfuerzos no pueden venir únicamente de un área o de un colectivo, sino que es el esfuerzo conjunto desde distintos ámbitos el que puede promover el cambio: políticas nacionales y territoriales, currículo y proceso de enseñanza aprendizaje o comunidad educativa, entre otros. El autor sugiere que el gran reto que tenemos por delante tiene que ver con lograr una participación y redistribución justa de todas las mejoras y cambios que se han ido produciendo en los últimos años.

En el segundo capítulo, Amador Guarro nos aporta algunas claves que nos permiten comprobar la falta de equidad existente en el proceso de escolaridad de los alumnos. El texto comienza planteando un diagnóstico de cómo las escuelas son injustas en cuanto que no dan una respuesta equitativa a las diferencias del alumnado, comenzando por un hecho muy sencillo, y es que los contenidos que se trabajan en la educación obligatoria vienen definidos históricamente a partir de la forma de entender la cultura de las clases dominantes; esto hace que el alumnado de clase baja se pueda sentir más lejos de esta cultura y para las clases altas, la escolarización es una prolongación de lo vivido en el contexto familiar. Así, nos encontramos que nuestro sistema educativo sigue sosteniendo lo que Perrenoud (1998) denominaba la hipótesis de la confrontación cultural, haciendo referencia a las diferencias en los resultados de aprendizaje dependen de la distancia que haya entre su cultura y la cultura de la escuela, a mayor distancia, peores resultados. Este capítulo nos ofrece también una interesante reflexión sobre cómo la excelencia escolar ha ayudado a aumentar las diferencias, y cómo debemos seguir buscando el reto de la excelencia compatible con una escuela de calidad para todos. Ya desde este capítulo, aparece la evaluación como un elemento central que condiciona todo el proceso educativo y que parte de una premisa inadecuada al afirmar que debemos evaluar igual a todo el alumnado.

En el tercer capítulo Antonio Bolívar y Jesús Domingo nos invitan a reflexionar sobre nuevos liderazgos que se están abriendo paso en nuestros contextos educativos, aunque todavía de una manera poco representativa: el liderazgo para la justicia social, el liderazgo inclusivo o liderazgo transformador. Entendemos que la educación inclusiva no nace sino del esfuerzo explícito por su promoción en un centro educativo y aquí juega un papel fundamental el liderazgo distribuido, un liderazgo que permita establecer metas compartidas que den sentido a la escuela. Se hace necesario potenciar las capacidades profesionales del profesorado y caminar así hacia las comunidades profesionales de aprendizaje; cuidar el clima y las condiciones de trabajo que permitan el desarrollo profesional, la corresponsabilidad y el encuentro, y por supuesto, tener en cuenta todo lo relacionado con el desarrollo del alumnado: fomentar su conciencia crítica, repensar los aprendizajes que están realizando desde una perspectiva inclusiva y favorecer en el alumnado la capacidad de participar y tomar decisiones sobre su propia vida.

Juan Carlos Torrego, Carlos Monge y Yolanda Muñoz nos plantean en el cuarto capítulo una experiencia de formación llevada a cabo con profesores para implantar estructuras cooperativas en el aula que permitan, entre otros aspectos, atender a los alumnos con altas capacidades. En este capítulo se señala la importancia de la formación del profesorado partiendo de las investigaciones realizadas sobre la formación docente en materia de aprendizaje cooperativo e inclusión educativa y más cuando se constata en algunos estudios que España debe seguir mejorando sus políticas y prácticas de formación continua del profesorado para incorporar el aprendizaje cooperativo como elemento de inclusión en las aulas. Los resultados de esta experiencia nos pueden dar algunas claves sobre cómo seguir avanzando: aspectos como la organización de los estudiantes en equipos, la disposición de las aulas o la cohesión grupal parecen mejorar las relaciones sociales entre alumnos. Además, algunos de los procedimientos habituales utilizados en el aprendizaje cooperativo, como la elaboración de normas o la utilización de roles parecen contribuir a mejorar la inteligencia emocional.

En el capítulo 5, David y Roger Johnson recogen una síntesis elaborada a partir de 1500 estudios realizados sobre interdependencia social y señalan cómo aquellas personas que han trabajado de forma cooperativa muestran un mayor rendimiento, mejores estrategias de razonamiento cognitivo y moral en comparación con aquellas que lo han hecho en estructuras competitivas e individualistas. No sólo se producen efectos en variables cognitivas, las estructuras cooperativas también producen un afecto mayor entre personas y un mayor respaldo social y personal, así como mejores indicadores de salud mental o autoestima, entre otros. El final del capítulo incluye un material práctico muy interesante para orientar el trabajo cooperativo.

El capítulo 6 elaborado por David Durán comienza realizando algunas aclaraciones que permiten conceptualizar y diferenciar entre aprendizaje cooperativo, colaborativo y tutoría entre iguales. El autor muestra evidencias de la potencialidad de este tipo de estructuras para los alumnos que ofrecen la ayuda, mostrando las dos áreas más estudiadas a este respecto: la efectividad de la cooperación con respecto a otras formas de aprendizaje, y los efectos de los diferentes métodos de aprendizaje cooperativo. Un tercer tema, todavía en desarrollo, son las investigaciones sobre el análisis de las interacciones para identificar los mecanismos responsables del aprendizaje. Aquí, las investigaciones se han centrado en el estudio de la importancia del grado de colaboración, la competencia de los participantes, la interdependencia positiva, el conflicto cognitivo, el compromiso, etc. pero parecen necesarias nuevas investigaciones para seguir profundizando en estos elementos. Lo que parece claro es que hay algunos procesos que parecen determinantes: el conflicto cognitivo y las controversias conceptuales, la regulación mutua a través del lenguaje o la atribución de sentido al aprendizaje. El capítulo termina dando algunas claves sobre el aprendizaje realizado por el alumno que ayuda: aprendemos mejor cuando tenemos

que enseñar a otros, cuando tenemos que explicar aquello que hemos aprendido y, particularmente, cuando promovemos interacciones en las que se genera cuestionamiento y conflicto cognitivo.

En el séptimo capítulo, Juan Carlos Torrego y Ángeles Bueno abordan la intervención que se realiza en los centros educativos con los alumnos con altas capacidades intelectuales y después se centran en el impacto que tiene la utilización del aprendizaje cooperativo como metodología de trabajo en el aula con estos alumnos. Algunos de los aspectos que apuntan las investigaciones es la necesidad de trabajar con agrupamientos de alumnos con altas capacidades dentro de su clase heterogénea acompañados por un profesor con formación en altas capacidades, también otras estrategias como la aceleración del currículo o el enriquecimiento curricular parecen tener un efecto positivo.

En el octavo capítulo, Laura Rayón y Juan Carlos Torrego, recogen la necesidad de plantear investigaciones con un diseño mixto para cubrir algunas de las limitaciones que tienen los estudios cuantitativos que habitualmente se fijan más en resultados que en los procesos. Así, una alternativa que proponen los autores es partir del enfoque sociocontextual que plantea estudiar la implementación del aprendizaje cooperativo en las aulas desde casos particulares, atendiendo al valor del aprendizaje cooperativo para generar cambios y mejoras en las aulas. Desde esta perspectiva, se entiende que es fundamental estudiar todo lo que tiene que ver con relaciones sociales, interpersonales y cognitivas, y que no podemos olvidar que la implantación del aprendizaje cooperativo se hace en un contexto con unas concepciones determinadas de alumnos y profesores, y con determinadas condiciones materiales, prácticas, culturales y políticas.

En el capítulo 9, José Ramón Lago, Jesús Soldevila y Verónica Jiménez, continuando con el trabajo de Pere Pujolàs, parten de su experiencia con el desarrollo del programa Cooperar para Aprender/Aprender para Cooperar y se centran en mostrar cómo el aprendizaje cooperativo, cuando se lleva a cabo cumpliendo una serie de principios y criterios, puede contribuir al desarrollo de la cohesión entre el grupo clase y entre los grupos de trabajo cooperativo, así como a la inclusión de todos los participantes. Desde su programa, los autores hacen hincapié en la necesidad de la participación equitativa y la interacción simultánea como condiciones necesarias para que el aprendizaje cooperativo genere inclusión; también lo es crear dinámicas de cohesión en el grupo que permitan crear una disposición y preocupación por los demás o la utilización de los planes y cuadernos de equipo. En el capítulo, los autores apuntan un elemento fundamental que tiene que ver con la evaluación, necesitamos identificar aquellos contenidos y competencias que estamos trabajando en las estructuras cooperativas para que la evaluación individual se centre en ellas, ya que muchas veces encontramos que la evaluación individual se aleja de lo trabajado en los grupos.

Por último, Carlos Monge y Juan Carlos Torrego, presentan en el capítulo final una reflexión sobre los valores propios de la educación inclusiva que deben sostener la puesta en marcha de este tipo de procesos: igualdad, participación, sentido de pertenencia, respeto a la diversidad, entre otros. Partiendo de estos términos, los autores hacen hincapié en la idea de la coherencia pedagógica, es decir, la necesidad de colaboración entre el profesorado y la comunidad educativa para construir juntos la mejora de los aprendizajes de todo el alumnado. En este capítulo final, los autores realizan una propuesta de asesoramiento colaborativo en el que se da importancia a la observación y reflexión compartidas, y en la que se proponen cuatro fases para la implantación del aprendizaje cooperativo: la creación de condiciones previas, etapa fundamental para preparar el terreno para la implantación del programa; la planificación, el desarrollo y seguimiento y la evaluación del plan. En las investigaciones llevadas a cabo por el grupo de investigación de la UAH, algunas de las conclusiones que extraen sobre este tipo de programas es la importancia dada desde los centros al asesoramiento, la mejora de las competencias reflexivas, colaborativas y comunicativas.

Referencias Bibliográficas

Perrenoud, P. (1998). *L'échec scolaire naît de la confrontation entre un univers de différences culturelles et une organisation pédagogique*. Génova: Universidad de Génova